

Heracles en la encrucijada transversal

Juan Bris García

Profesor de Latín y Ética del I. B. de Trujillo (Cáceres).

Una vez, a esa edad en la que se está saltando de la niñez a la juventud, parece que a Heracles también le acosaron las dudas acerca del camino por el que tiraría en la vida: Si el del vicio o el de la virtud. Por eso, llegado a un lugar tranquilo, se sentó sumido en su perplejidad, cavilando por cuál de los dos caminos seguiría. Allí se le acercaron entonces dos mujeres: la una, de ver tan gentil como de noble cuna, el cuerpo engalanado de pureza, la mirada revestida de pudor y toda envuelta en blanco vestido. La otra empero, cuajada de carnes, el color adornado de forma que aparentase más blanco y bermejo de lo que fuera y, de tal modo compuesta su figura más esbelta entre los ropajes que, a su través, mejor brillase la flor de su gentileza. De esta guisa, se miraba y remiraba echándole una ojeada hasta a su propia sombra. Esta, anticipándose, le propuso guiarle por el camino más placentero y fácil a la vez. La otra mujer, en cambio, le exhortó a honrar a los dioses y seguir un camino colmado de esfuerzo y ejercicio para obtener de aquellos las cosas que son buenas y hermosas. Así es, en resumen, cómo narraba Sócrates la educación de Heracles, según la anécdota relatada en su discurso por el sabio Pródico de Ceos, tal y como nos la refiere Jenofonte en

sus «Recuerdos» (*Mem.*, II, I, 21-23). De este modo, sin confundir lo adjetivo (el valor *de* algo) con lo sustantivo (algo *de* lo cual aquél es), fue capaz el héroe de realizar sus doce valerosas tareas. Aún no se había descubierto la vía transversal. Por ella nos invita a discurrir plácidamente la última Reforma educativa. Entonces la pedagogía, además de ofrecer hermosos ejemplos, recurría al cultivo de las artes del lenguaje. «Pues amamos la belleza con poco gasto y la sabiduría sin blandicie» (*Thc.*, II, 40, 1), podía aún proclamar Pericles, el máximo estadista en el cenit de aquella civilización. Hoy, esa afirmación la sentiríamos no sólo pretérita, sino preterida. Sin embargo, cobraba pleno sentido en el culmen de una cultura que, antes que asimilar los hechos a la *theoría*, hacía de la *theoría* la forma suprema de la *praxis*. Una situación inversa a la nuestra, en la que la teoría, a más de remota e inoperante, va quedando tan distante de la vida, tan alejada de la realidad como un sinónimo de lo no verdadero. El espíritu de los tiempos rechaza toda enseñanza no utilitaria (llámese Filosofía, Latín, Griego o Matemática no aplicada), como también, lejos de considerar la pregunta una figura principal del saber, recusa todo «por qué» que no lleve un «para qué» bien definido.

De la acción del valor al valor de la acción.

Resulta pasmoso observar cómo en la última Reforma de la Enseñanza Secundaria la educación formal se vuelve progresivamente más inane cuanto más gasta el término «valor». En efecto, al rebajar sus niveles generales, sustituir el Latín por la Tecnología y desterrar las Humanidades en bloque del Sistema Educativo, se produce la paradoja de que mientras éste expele centrífugamente sus virtudes más decantadas, a la vez, intenta introducir centrípetamente «valores» de diseño «transversal». Es la contradicción flagrante entre la declaración de intenciones humanísticas y la subordinación de todo el Plan educativo a las penúltimas tecnologías, al mercado y al entretenimiento trivializado de los educandos.

Entonces uno se pregunta qué fundamento real tienen estos pretendidos valores. Porque el valor real no *es* real porque es, sino que *es* porque es real. De tal forma que el bien, la belleza o la verdad antes que valoración son modos de actualidad de las cosas, la manera como las cosas quedan precisamente en la inteligencia, en la voluntad y en el sentimiento humanos. Sin que el valor, como fuerza y reconocimiento de la dimensión inmanejable y creadora del hombre, pueda confundir-

se con la mera valoración, y trocarse así fácilmente en interés. Pues, al carecer la función educativa de su sentido preciso, las ideas de los valores se usan sin entenderse, reducidos a etiquetas adheridas a arbitrarios esquemas de acción ya consignas para enseñar al educando a conducirse en un ambiente de forma más responsable que responsable, deslizando sobre la superficie de los valores vigentes. Sin embargo, la virtud no nos es propia por naturaleza sino por apropiación. La confusión entre valor y valoración interesada es el instrumento del adoctrinamiento y la propaganda. Tan tenazmente nos arrastra la propaganda en nuestros días que el Sistema Educativo, incapaz de sentir la persuasión de sus antiguos valores, se arroja en manos de los valores de la persuasión. Al no valorarse el saber inútil, se vuelve utilitario el valor.

La Moral, ciertamente, ha de determinar la justeza de una previa indeterminación. Pero la vía transversal no puede hacer de los impulsos del educando actitudes morales si, con ello, relega la instrucción que da «de sí» las posibilidades intelectuales del alumno hasta convertirlas en sus aptitudes reales. Esto es, abdicando de su más prístino empuje hacia el bien.

El desarraigo

Hace ahora más de medio siglo, X. Zubiri, al abandonar la Enseñanza Pública en España, ponía de manifiesto con hechos y palabras el desarraigo de la inteligencia y de la existencia entera en el diagnóstico de nuestra situación. Así, la asombrosa confusión entre lo urgente y lo importante priva a la educación de su finali-

dad de capacitar para entrar en posesión intelectual de la índole de las cosas. Consecuencia ostensible es la confusión que padecemos en las disciplinas, nuestro desnortamiento en el mundo y el descontento mutuo de los enseñantes y sus alumnos. La *confusión* en las disciplinas presenta un panorama en el que se ha desdibujado su marcado perfil y su objeto determinado. En ello ha incidido la acción del positivismo: Al admitir que cualquier objeto por el hecho de «estar ahí» (*positum*) lo está igual que cualquier otro, se opera una nivelación de todas las disciplinas, convirtiendo los saberes en equivalentes. Por esto, las cosas se reducen a hechos, éstos a datos sensibles y la verdad queda restringida a un acuerdo con datos empíricos. El desenlace es la dispersión de las disciplinas en mera colección de conocimientos sin rango, sistema o perspectiva. De este modo admite cabida en el nuevo Plan de Estudios toda una *orgía de optativas* —según la denominación del Presidente de la SEEC—, tal cual la última anunciada: «Papeles sociales del hombre y la mujer».

La *desorientación* en nuestro mundo está provocada por esta avalancha informe de conocimientos positivos que se seleccionan para la enseñanza en virtud sólo de su utilidad inmediata. Esto es posible gracias a la acción del pragmatismo imperante que, al orientarnos exclusivamente hacia la necesidad vital, reduce la vida mental en la enseñanza a un caso particular de la biología. Lo cual presupone que la verdad es necesaria sólo en cuanto es eficaz como previsión de acontecimientos. Sólo importa manejar con éxito el curso de los hechos. En consecuencia, la enciclopedia de

nuestras disciplinas se va reduciendo a tecnología. Algunas, como las Humanidades, tienen ya un carácter extrahistórico, relegadas a simple curiosidad; nuestra labor de enseñantes se convierte en tecnicismo y la pedagogía en una metatécnica. Los proyectos educativos se transforman en casilleros y nosotros en las piezas que se mueven por ellos. A cambio, la educación y el mundo en el que se incardina pierden la noción de sus fines. Esta situación se agrava por el influjo del historicismo, en virtud del cual cada situación histórica se reduce a un estado objetivo del espíritu. Las disciplinas expresan, en el aspecto intelectual de una situación histórica, un valor cultural. Al atenderse a estados de civilización con sus maneras de ver los hechos, cada pueblo y su época tienen su sistema de valores sin que a ninguno se otorgue carácter preeminente. Así la civilización griega o la lengua latina, sostenes milenarios de nuestra enseñanza, no tienen prevalencia sobre cualesquiera otras. De modo que a la educación le queda transmitir nuestra desarraigada manera de ver los hechos.

El *descontento* entre los enseñantes y los alumnos contrasta con el caudal de conocimientos y de medios para transmitirlos: Ocurre que esos medios y métodos se convierten en mera metatécnica pedagógica. Sirven para hacer metodología perdida en su propia eficacia, no para trazar, andando, vías de acceso a la verdad, en cuyo *páthos* se orienta la educación.

De acuerdo con lo anterior la fuerza moral de los valores no puede recobrase mediante ejercicios de «ética» cosmética, sino sosteniendo el esfuerzo de frenar

la huida de nosotros mismos para adquirir la energía necesaria en el arraigo de la vida y en el reposo del momento aprehensor más radical de la inteligencia: su fórmula educativa atraviesa de lleno las Humanidades desde el Griego hasta la Filosofía.

El enseñante y los valores

Para combatir el anonadamiento en el que nos deja sumidos el Plan de Estudios se inventan las inyecciones transversales y se to-

ma al enseñante por un practicante de moralina transversal. Es como sustituir el ejercicio que robustece un músculo, vigoroso y elástico, por la inyección de anabolizantes que fomenta su desarrollo aparente.

Sin embargo, para la restauración de la dignidad del oficio de la docencia, éste, más que profesionalizarse, requiere meramente profesarse. El profesor, no profeso, sino profesional, al abandonarse en el cultivo de la metatécnica pedagógica (repin-

tada de colores y remirándose a sí misma como la primera mujer que se acercó a Heracles), pierde el contacto con su saber y no puede dedicarse a su tarea de resonador, transmisor y propulsor del mismo. Pues si el resonar fuese verdadero, la transmisión libre y lo transmitido necesario, acaso entonces floreciesen los valores.

En última instancia creo que la enseñanza requiere generosidad y amor; pero transversal no, gracias. **A**